y así como Pedro, diò curiosos detalles sobre las intrigas de las obreras, los chismes de esta y los amores de aquella. Pedro se recreaba al oirla.

— Tiene usted también enamorados, señorita Francisca?—preguntó.

—¿ Yo? Nunca—repuso la joven, mirando fijamente à su interlocutor con sus ojos puros y tranquilos;—ya he tomado mi partido; quiero casarme, amar à mi esposo y tener un niño. Advierto à usted, señor Pedro, que unas muchachas son honradas y otras no; no se puede ser coqueta y juiciosa, ni tampoco jugar con el amor de un hombre honrado. Si se le ama es preciso decírselo, y si se le dice es para casarse con él.

Los jovenes se separaron muy satisfechos uno de otro; viéronse el domingo siguiente, y poco a poco, Pedro supo apreciar à Francisca y la amô más, llegando à comprender bien su caracter. Distinguiase por su rectitud y lealtad; pero en cambio era violenta y apasionada. Aborrecia la «clase media» considerandola como «gente que no había tenido más trabajo que nacer». ¿ Por qué esta exaltación absurda en una muchacha honrada que juzgaba sanamente las cosas? Sin duda sería el reflejo de su educación primera, la enseñanza de una madre envidiosa; pero poco importaba esta mala simiente arrojada por casualidad en una tierra tan buena. Muchas relevantes cualidades hacían olvidar este defecto; animosa, activa, incansable para el trabajo, comprendiase desde luego que aquella niña de diez y seis años seguiria el camino recto en la vida, sin desviarse jamas de la senda del deber y del honor.

Dos meses después de su encuentro con el cajista, celebróse la boda; y a los nueve, día por día, Santiago vino al mundo. Desde entonces los tres vivieron felices y tranquilos, y a los diez y siete años de un continuo trabajo, el matrimonio economizaba algún dinero, tanto que en Mayo de 1870 poseía 4,000 pesetas en la Caja de ahorros. En el barrio-entonces vivian en la ealle de San Antonio-todo el mundo apreciaba à la familia, al ver que era tan buena y trabajadora. Después sobrevino la guerra; Santiago ingresó en la guardia nacional; fué admitido en los batallones de marcha, pues quería batirse, è hízolo muy bien en las avanzadas del fuerte de Montrouge; pero se acabó el trabajo y la ganancia, haciéndose preciso echar mano de los ahorros. Había pasado el buen tiempo, y acercabase la desgracia.

Sentada junto al lecho, Francisca recordaba todas estas cosas, y las lágrimas corrían de sus ojos. Hacía algunos meses que pagaba muy cara su pasada felicidad. El 18 de Marzo, Pedro se alistaba en la Comuna, y la buena mujer no se atrevió à oponerse, creyendo que hacía lo que debía hacer. Entonces comenzaron las eternas angustias, pues los dos únicos seres que amaba estaban siempre en peligro.

El joven, como deciamos, había vuelto à dormirse; el padre y la madre se acercaron à la ventana para hablar en voz muy baja, à fin de no despertar à su hijo.

—
¿Verdaderamente no te inquietas ya por Santiago ?—preguntó Pedro por segunda vez. —No; mas por desgracia las fuerzas vuelven muy poco a poco.

A eso de las diez llegó el doctor, acompañado de otro hombre de elevada estatura, ojos vivos y ancha frente: era el doctor Grandier, médico director de los hospitales, sabio ilustre, y dotado de los más nobles sentimientos. Saludó cortésmente à Francisca y movió la cabeza con aire disgustado al ver que Pedro vestia la casaca de guardia nacional. Después se volvió hacia su joven colega para preguntarle sobre el enfermo.

-¿ Con que decia usted, amigo Borel?...

—Decía, querido maestro, que ese joven estaba grave. ¡La friolera de una bala en el cuerpo!

- Una bala... por casualidad?

-Nada de eso; un lingote de plomo en pleno pecho, recibido en Montretrout.

El señor Grandier pareció estupefacto, y miraba á Pedro y Francisca como si los tomase por locos.

—¿Es hijo de usted, señora? La juzgo bastante bonita y joven para que pueda llevar á mal esta pregunta.

—Sí, caballero—replicó Francisca ruborizándose un poco.

-¡Pero si es un niño! ¿Qué edad tiene?

-Diez y seis años y medio.

-¿Y le permite usted que vaya à batirse? Paréceme que ustedes dos podrían ir à Charenton.

-¡Oh! se marcho à pesar mío-replico Francisca, sonriendo con cierta altivez. Su padre, mi esposo,

que ve usted ahí, se batía en las avanzadas durante el primer sitio; yo estaba sola con Santiago, que se entristecía cada vez más, hasta el punto de no agradarle ya amasar la arcilla, pues ha de saber usted, caballero, que mi hijo es artista. Pasaba el tiempo mirando cómo desfilaban las tropas, y veíale à veces apretar los puños. Cierta mañana me dijo: «Es vergonzoso que vo esté aquí sin hacer nada cuando los demás se baten.» Al oirle decir esto quedé perpleja y atemorizada, y no era para menos, pues no solo debería temblar por mi esposo, sino también por mi hijo. « Aún eres muy joven, Santiago, le dije, v seguramente no te admitirian en ningún batallón.» «¿ Pues por qué me contaba mi padre en otro tiempo tan interesantes historias? replicó mi hijo encogiéndose de hombros. Recuerdo la de Bara, tambor de catorce años; y la de los voluntarios de diez y seis que se alistaban para correr à la frontera.» Yo no sabía qué contestar. Malo es imbuir ciertas ideas en el cerebro de los niños. Durante ocho dlas, Santiago estuvo muy cabizbajo y triste, y por la noche retirabase tarde. Cierta mañana me dijo: «Escucha, mamá, yo quisiera obedecerte, pero no es posible. Bersier... ya sabes, Bersier el grabador, aquel que me enseño à dibujar, es sargento en el batallón de tiradores, y me ha inscrito en su compañía; de manera que marcharé pronto. Perdóname, mamá, pues no podía resistirme.» Y al decir esto, Santiago me abrazaba tiernamente, haciéndome muchas caricias. Creíame muy desgraciada con esto, pero á la vez sentía cierto orgullo. ¡Oh! ahora puedo decirlo, porque Santiago duerme y no me oye. Tiene el alma de héroe y de artista. Yo sonrei y le contesté: «¡Bueno, vé à batirte, puesto que tanto te empeñas!» Pero cuando se marchò comencè à sollozar, renegando de mi suerte. ¡Ah! ¡cómo sufria cuando llegaba la noche, negra y fría! Pensaba en mi hijo, ya tan inteligente, tan valeroso y atrevido como un hombre. Quince días después batíanse en Montretout; Santiago saltaba el primero al jardín de Mr. Gounod, donde se ocultaban seiscientos badeses, y caía herido de un balazo. He aqui nuestra historia, caballero.

Francisca hablaba sencillamente, con una emoción concentrada pero profunda, y fijaba en Santiago una mirada llena de amor. El joven héroe dormía siempre, pero en sus labios deslizábase una sonrisa, tal vez porque soñaba en sus actos de valor. El señor Grandier volvió la cabeza para que no se viesen las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas: nada conmueve tanto á un hombre de corazón como encontrarse de improviso con otro que le iguala; los seres de carácter elevado complácense en hallar superioridad en los demás.

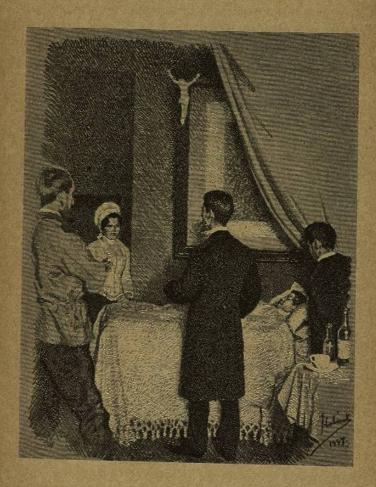
—¿Quiere usted darme la mano, amigo mio?—dijo el doctor volviéndose hacia Pedro Rosny.—El hombre y la mujer que han puesto en el mundo y educado à semejante joven deben ser personas de mérito.

—Le curarà usted, ¿ no es verdad, señor doctor}—exclamó el padre con expresión de gratitud.

El señor Grandier sonriò.

--Por lo pronto dejadme verle---repuso el sabio médico con acento bondadoso;--seguramente le curare-

mos, y lo único que siento es que no tengamos ya muchos franceses como ese joven.—Además, Borel es



muy entendido, y si él responde de su enfermo, es porque todo va bien.

El ilustre médico fué à sentarse junto al lecho para despertar à Santiago suavemente. El herido abrió los ojos y miró con expresión de confianza al sabio, cuyo rostro revelaba la bondad.

-Es el maestro del doctor, Santiago-dijo la madre.

—Buenos días, señor Borel—contestó el joven, alargando la mano al médico, que era ya su amigo.

Después fijó la vista en el señor Grandier, que le estudiaba ya con su penetrante mirada de psicólogo. Tenla el cabello rubio de la madre, y como ella, también, ojos de color azul oscuro, de expresión altiva y resuelta; en fin, parecíase del todo à Francisca; y hubiérase dicho que el alma de esta mujer había penetrado en el cuerpo de aquel niño. El rostro, pálido por el sufrimiento, durante largas semanas en el lecho del dolor, adelgazábase por la barba, revelando una finura enérgica; los labios, muy pronunciados, indicaban la fuerza de voluntad y el valor; la frente era ancha y despejada.

-Borel tiene razón-murmuró el señor Grandier;este es un hombre.

Y añadió con sonrisa benévola:

-Hijo mío, voy á examinar esa herida.

-Gracias, caballero.

—¡Si supiera usted què bueno ha sido el señor Borel para mí!

-Vamos, Santiago, cállate - replicó el jóven médico.

-No, de ningún modo callaré, porque ha sido usted bueno, muy bueno, puesto que sin su auxilio hubiera muerto diez veces. Para mí es una dicha decirlo y repetirlo, y sobre todo me complacerá recordarlo.

Por la ardiente mirada que fijó en el señor Borel, hubiérase comprendido que Santiago podría recordarlo todo, lo mismo el bien que el mal.

-Ciertamente tiene razón en no ser ingrato-exclamó el señor Grandier.-Vamos, es preciso que yo vea eso; pero ante todo sepamos la historia, amigo Borel.

—Hela aquí en dos palabras, querido maestro: la bala penetró por la izquierda del esternón entre la quinta y la sexta costilla, atravesando el mediástino anterior, y salió por la derecha de la columna vertebral, entre la cuarta y quinta.

-¡Diablo! ¡no es mala herida!

Durante un momento la ciencia se sobrepuso á la compasión.

-Esas frases me gustan, señor Grandier-dijo el joven sonriendo.-; Ah! ¡el soldado que me apuntó, tiraba bien!

-Es gracioso este muchacho. Continue usted, Borel.

—Como era natural, en los primeros días se declaró fiebre intensa, hasta que se hubo determinado bien la supuración, que yo facilité como se acostumbra en estos casos. La fiebre duró hasta el 5 ó el 6 de Febrero, y la supuración, bastante floja al principio y de carácter dudoso, se modificó. El fondo de la herida se cicatrizaba normalmente, y la llaga de la espalda fué la primera que se curó, hacia el 20 del mismo mes; pero la del pecho supuró hasta principios de Marzo. Pocos días después observé síntomas de irritación pleuréti-

ca, los cuales atribui al traumatismo. Hube de combatir esta afección, que amenazaba degenerar en tuberculosis, y por lo mismo he juzgado indispensable tener à Santiago mucho tiempo en cama. Ahora quisiera que se levantase para ir al campo à respirar los aires puros; pero usted resolverà. Por lo pronto, deseaba que conociera à mi amigo Santiago.

El señor Grandier escuchaba atentamente, examinando la herida con mucho cuidado.

—Opino sencillamente, amigo Bourel—dijo al fin—que ha cuidado usted à este muchacho como lo hubiera hecho el mismo Hipócrates. Ese joven será también amigo mío. La semana próxima podrá comenzar à levantarse, aunque sólo un poco al principio, para acostumbrarse al aire y al ejercicio, y dentro de quince días me le llevaré al campo, si sus padres quieren confiármelo.

Pedro hubiera abrazado de buena gana à aquel hombre que tanto bien hacia con tan pocas frases; Francisca no decía nada: lloraba; Santiago y el médico Borel se miraban sonriendo; y el señor Grandier sentía latir su corazón de gozo al observar la alegría con que acababa de animar aquella humilde habitación de obreros. Nada tan grande como el genio unido à la bondad.

—Ahora—prosiguió el señor Grandier, después de haber reconocido la herida—quiero ver los ensayos del artista, pues parece que este muchacho es ambicioso. No le basta imitar al joven Bara, sino que también quiere ser émulo de Miguel Angel.

—¡Oh, caballero!—murmuró Santiago sonriendo de placer.

El sabio siguió à Francisca, que le condujo à una pequeña habitación contigua à la alcoba, convertida por el joven en taller. Veíanse allí en el suelo masas de arcilla seca, bajo-relieves sin concluír, medallones comenzados, y bosquejos casi informes, pero llenos de vida y animación. El ilustre médico quedó admirado al ver los ensayos del artista, como hacía un momento ante el heroismo del muchacho; el sabio creía ver en aquella tosca arcilla las bellezas misteriosas del mármol, que palpitaría algún día bajo la mano del obrero sublime. Parecíale que allí brillaba ya la llama del genio, esa-llama desconocida que resplandece suavemente antes que el estudio y la reflexión la permitan radiar con todo su esplendor.

—Trabaje usted, amigo mío—dijo el señor Grandier cuando volvió á la alcoba;—trabaje usted y será un gran artista; yo se lo prometo. Y ahora, venga un abrazo.

Santiago sonrió más abiertamente; su rostro parecía iluminarse; érale grato que se encomiase su valor, y más aún que se elogiaran sus obras.

-- Volveré à verle--añadió el señor Grandier;--pero antes recibirà noticias mías.

-¿Qué noticias?-preguntó Santiago con curiosidad.

—Ese es mi secreto. Hasta la vista, señor Rosny; ofrezco à usted mis respetos, señora. Salga usted conmigo, Borel; deseo hablarle.

-Ese Rosny es un buen hombre-dijo Grandier å su colega cuando estuvieron en el portal.-Evite usted que se comprometa más en la Comuna. ¿ No tiene usted influencia sobre él ?

--Ninguna. Tan difícil me sería impedir al padre batirse contra nuestros amigos de Versalles, como evitar que el hijo luchara contra nuestros enemigos los alemanes. Es una familia de tercos.

-El joven Santiago me parece encantador.

-Lo es en efecto, y por eso he pensado que hablaría usted al Presidente... dispenseme la palabra, quiero decir á su poderoso amigo.

—Pensaba en ello. Precisamente estoy invitado à comer hoy en Versalles; referiré la historia, y respondo del éxito. Hasta la vista, amigo Borel; le doy las gracias por haberme traído aquí.

-Adiós, querido maestro.

El ilustre médico se alejó pensativo, reflexionando sin duda sobre los caprichos de la suerte que busca el hijo de un obrero en un oscuro barrio para convertirle tal vez en glorioso artista. En cuanto al señor Borel, había vuelto á subir á la habitación.

_Vamos_dijo-{están ustedes contentos los tres?

-¡Oh! si, muy contentos-contesto Santiago.

Francisca estrechaba silenciosamente la mano del doctor.

- -Entonces podré irme tranquilo-dijo Pedro.
- -El diablo le lleve à usted-replicó Borel.
- -¡Doctor!...

El médico se encogió de hombros.

-Mi maestro me decía ahora-repuso Borel-que le predicase á usted moral; pero esto sería inútil, tra-

tándose de un hombre terco. Le he repetido à usted veinte veces la misma canción, para demostrarle que es lastimoso que un hombre de su mérito arriesgue su piel en esa lucha sangrienta. Ya sabe usted que yo soy muy franco. ¿No sería mejor que dejara à toda esa gente?... Si no lo hace así, se arrepentirá; yo se lo aseguro; y si escapa de la batalla, no se librara de la derrota. Esto sería terrible. ¡Oh! ya sé que predico en desierto, porque conozco muy bien à los tres; me escucharán cortésmente, y harán luego lo que les parezca.

-Pero... ¿ y el deber, doctor ?

—El deber es trabajar para su esposa y cuidar de su hijo. ¡Vamos! ya no me escucha usted. ¡Ah! ¡siempre terco! Hasta mañana, amigo Santiago.

- Adiós, señor Borel.

Pedro acompaño al médico hasta la puerta de la escalera y volvio à entrar. Marido y mujer quedaron solos: Francisca estaba pensativa, pues las palabras del doctor resonaban lúgubremente en su oído; cogió un libro de la mesa y diósele à Santiago.

- Toma, hijo mío—le dijo—ese es el libro que la señorita Aurelia ha traído para ti mientras dormías. Voy a mi cuarto con tu padre para hablar cinco minutos.

-Gracias, mamá.

Cuando Erancisca estuvo sola con su esposo en la habitación inmediata, díjole con acento breve y nervioso:

-¿Por que has de volver à batirte?

-¡Francisca!...

-¡Oh! no tratare de impedírtelo; dices que es tu deber, y ya sabes que yo soy valerosa. Hace mucho tiempo que participo de esos temores del doctor; y aun, si no se tratase más que de las balas, pase, porque se puede escapar de ellas; pero ¿ y despuès ?

La inquietud de Francisca era evidente; la energia de su mirada se desvaneció poco à poco bajo el esfuerzo de un pensamiento oculto.

-Calmate, amiga mía -dijo Pedro.

-¡Oh! estoy tranquila; pero el médico tiene razón. Si ellos son feroces, también nosotros, y todo eso no es guerra. Parece que en Versalles matan à los prisioneros; aquí hacemos otro tanto. ¡Oh! no tú, porque tu eres bueno, cosa natural, siendo valeroso; pero ¿y si te fusilasen?

Pedro abrazò à Francisca estrechamente, sonriendo como para disipar las funebres ideas que acosaban à su esposa.

-¿ Donde diablos tienes la cabeza ?- replicó alegremente.—¡Vamos, vamos, no sea cosa de que te asustes como una chicuela! En primer lugar, no se mata à los prisioneros; de modo que no hay razón para atemorizarte. ¿No he escapado hasta ahora de todo con felicidad? ¿Porqué no ha de ser siempre así? Ya volvera el buen tiempo, y con el la felicidad de antes. No me matarán ni me fusilaran; muy por el contrario, volveré bien vivo, é iremos à instalarnos los tres en un barrio mejor, donde abunde la luz.

Cuando Pedro hablaba asi, siempre solia infundir

confianza à Francisca; pero esta vez, la mujer permaneció muda.

- -Vamos, ¿ qué tienes?-preguntó Pedro con acento bondadoso.
 - Tengo... tengo miedo.
 - -¿ Tú, tan valerosa siempre?
- Hoy me falta el valor. No sé porqué... pero me estremezco al verte marchar, aunque te parezca absurdo. Vamos, abrázame y véte; tu batallón está ya en marcha, y cuando más te detengas más habrás de andar para reunirte con tus compañeros.

Pedro fué à coger su fusil que estaba en un rincon y se ciñó el cinturón del sable. Francisca recobraba su energia para sonreir en el momento de despedirse de aquel hombre à quien adoraba.

-- Llevas todo lo necesario ?-- pregunto:-- enseñame la calabaza... bueno, está llena; ahora coge la manta, pues las noches son aun frias. Vamos, Pedro, vete, y no te expongas demasiado. Vėte...

- -¡Qué corazón tienes!
- -El que tú me has hecho; fácil es para una mujer ser buena madre y compañera cuando ama y es amada.

Los dos volvieron à la habitación donde estaba el herido: Santiago dormia; y en el momento de franquear la puerta, el obrero se detuvo por última vez, abrazando con ternura á aquella mujer valerosa que le daba todos los tesoros de su corazón y de su belleza. Después, volviéndose hacia el lecho envió un beso à su hijo, sin osar acercarse à el, por temor de despertarle.

—Bésale — dijo en voz baja Francisca enternecida el pobrecillo está tan débil que no se despertará...

Entonces, aquel hombre rudo é intrépido avanzó de puntillas para no hacer el menor ruido: Santiago dormía como cuando llego Borel con el doctor Grandier, y sonreía dulcemente, cual si soñara alguna cosa agradable; sus finas facciones, ligeramente sombreadas por su blondo cabello, ocultabanse casi en la blanea almohada. Pedro contempló á su esposa y á su hijo, aquellos dos únicos seres que amaba en el mundo, de los cuales se separaba tal vez para no volver á verlos jamas; y en aquel instante acosaronle también los tristes presentimientos de Francisca, que perturbaron su espiritu. Involuntariamente repetiase en voz baja los sabios consejos del doctor Borel. ¿Y si se engañaba en sus apreciaciones, no siendo deber suyo ir à batirse? ¿Y si la gente de Paris estaba en un error, y la razón de parte de los de Versalles? Todas las vacilaciones que pueden atormentar el corazón de un hombre honrado acosaban en aquel instante à Pedro. ¿Donde estaba el deber, en su familia o en el campo de batalla? El obrero ahuyentaba pronto estas ideas. ¿No conocía su deber? Y por otra parte, ¿ cuándo retrocedia el en el momento de llevarle à cabo? No pódia estar en un error al cabo de tantas semanas, durante las cuales su conciencia parecia aprobarle.

Inclinandose suavemente sobre la almohada, besò à Santiago en la frente, y alejándose después del lecho siempre de puntillas, hizo seña à su mujer para que le siguiera.

—Si me sucediese una desgracia—murmuró con voz alterada—quisiera morir con el consuelo de que sabrás hacer un hombre de ese muchacho.

-¡Ah! te lo juro.

Y como si temiera no poder resistir á la cobardía de su ternura, Pedro se precipitó fuera de la habitación.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

OBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFORISO REYES"

"ALFORISO REYES"